

LIBRO XX.

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO VIII HASTA EL REINADO
DE CARLO MAGNO.

DE 700 A 768.

El cristianismo apenas se extendió en Europa mas allá de las provincias que habían formado parte del imperio romano. La Turingia y la Baviera, sometidas á la dominación de los francos por Teodorico, hijo de Clodoveo, recibieron entonces la luz del Evangelio, que se debilitó mas adelante por diversas causas, sin cesar de propagarse; mas el resto de la Germania y las otras provincias septentrionales, estaban todavía entregadas á todas las supersticiones del paganismo á fines del siglo VII. Algunos años antes de esta época, San Kiliano predicó la fé en Wurtzburgo, donde fué martirizado con sus compañeros. San Vilfrido convirtió cierto número de idólatras en la Frisia, y es mirado como su primer apóstol. A poco tiempo otros misioneros fueron á continuar la obra del santo obispo en aquella provincia, y durante el curso del siglo VIII salieron de la Iglesia de Inglaterra una multitud de predicadores celosos que se internaron en la Alemania para trabajar en la conversión de los germanos, de quienes los ingleses traian su origen.

En el año 686 intentó San Egberto, de noble familia inglesa, pasar á la Frisia para propagar la fé ya establecida por San Vilfrido; pero apenas habia salido del puerto cuando le detuvo una horrible borrasca que lo expuso á perecer, y creyendo que Dios no le llamaba á aquel ministerio, se volvió á Irlanda donde habia abrazado la vida monástica mucho tiempo antes, y vivió hasta el año 729, trabajando átilmente en atraer los irlandeses cismáticos á la disciplina de la Iglesia romana. Vicberto, uno de sus compañeros, aportó á la Frisia, y estuvo predicando el Evangelio dos años; mas viendo que no alcanzaba ningun fruto, abandonó esta mision y se volvió á la vida monástica. Entonces San Egberto escogió otros doce misioneros, siendo los principales San Villibrordo, discípulo suyo, y San Suitberto, abad del monasterio de Dacor, en los confines de Escocia. Habiendo arribado á la Frisia el año 690, fueron recibidos con júbilo por Pipino de Heristal, duque de Austrasia, que acababa de conquistar al duque Ratbodo la Frisia citerior entre el Rin y el Meusa. Los envió á predicar el Evangelio á sus nuevos vasallos, los protegió con todo su poder y cooperó á su ministerio con los favores que concedía á los que abrazaban la fé; de suerte que en poco tiempo convirtieron multitud de idólatras: despues juzgando oportuno dar el título de obispo á San Suitberto, hizo que pasara á In-

glaterra para que recibiese la consagración episcopal. A su vuelta pasó al país de los bructeros que habitaban las cercanías de Colonia y convirtió á muchos. Pero derrotado este pueblo de allí á poco tiempo por los sajones idólatras, se dispersaron los nuevos cristianos, y San Suitberto fué á buscar á Pipino, quien le dió para su retiro una isla en el Rin: allí fundó el santo obispo un monasterio que en adelante se llamó Kaiserswert; es decir, isla del emperador; y en él murió el año 713 (1).

San Villibrordo fué comisionado á Roma para traer las reliquias que habian de ponerse en las iglesias que se edificaran; y volvió despues con cartas de Pipino que rogaba al sumo Pontífice consagrarse al santo misionero por obispo de los frisonos. En efecto, el Papa Sergio le dió la consagración episcopal con el palio y el título de arzobispo en el año 696. San Villibrordo estableció su silla en Utrecht, y en cerca de cincuenta años continuó predicando en la Frisia, obró una multitud de conversiones por su celo y milagros. Empezó llevar la fé á la parte de la Frisia que obedecía al duque Ratbodo, y al país de los danenses; pero halló los pueblos tan obstinados en sus errores, que no esperando alcanzar ningun fruto, se volvió á ejercer su apostolado al país sometido á Pipino.

La fama de las tareas de San Villibrordo movió á San Vulfrando á pasar tambien á la Frisia para predicar la fé á los idólatras. Tomó por compañeros algunos monges de la abadía de Fontenelle, y se adelantó hasta los Estados de Ratbodo en los Países Bajos, donde no tardó en recoger las frutas de su predicación, convirtiendo entre otros á un hijo de aquel duque que murió á pocos dias de bautizado. Era costumbre entre aquellos bárbaros inmolrar víctimas humanas, elegidas por suerte, en honor de sus dioses: San Vulfrando intentó abolir tan horrible costumbre, y pidió muchas veces la vida de los infelices que iban á perecer; pero siempre se le daba esta respuesta: "Si tu Cristo puede librarlos, te los dejaremos." El santo obispo aceptó esta condición, se puso inmediatamente á orar, y los libró milagrosamente. Un jóven sacrificado de aquella manera, habia sido ahorcado, y la cuerda se rompió al cabo de algunos instantes: otros dos habian sido arrojados al mar, y las olas se retiraron súbitamente y los dejaron vivos en la playa. Estos milagros obrados públicamente determinaron á muchos idólatras á abrazar el cristianismo. El mismo duque Ratbodo se dispuso á recibir el bautismo, y ya habia entrado en el bautisterio cuando se le ocurrió preguntar á San Vulfrando si los reyes y príncipes de la nación de los frisonos estaban en el paraíso ó en el infierno: el santo le respondió que habiendo muerto en la idolatría, no podia darse de su condenación; á lo que repuso el duque: "No consentiré yo separarme de los príncipes mis predecesores, para habitar con

(1) Beda, *Hist.* lib. V.—*Vit. S. Villibrord.*
Tom. II.

un vil populacho en vuestro reino celestial." Inmediatamente salió del bautisterio, añadiendo que quería permanecer fiel á las costumbres de sus antepasados; lo que hizo en efecto, y hasta persiguió á los cristianos y restableció la idolatría en la Frisia ceterior que habia reconquistado despues de la muerte de Pipino. Sin embargo, quiso mas adelante confenariar con San Willibrordo para buscar un medio de abrazar el cristianismo sin renunciar á su religion. El santo respondió á sus enviados: "Despues que vuestro príncipe ha despreciado las advertencias de nuestro hermano Vulfrando, ¿cómo podré yo esperar que reciba las mías? Yo le he visto esta noche atado con una cadena ardiente, y estoy cierto de que está ya en la condenacion eterna." Con todo, no dejó de ponerse en camino para ir á su encuentro; pero supo á poco que habia muerto sin bautismo. Esto sucedió el año 721. San Vulfrando despues de haber predicado cinco años en la Frisia, y hecho que se nombrara quien le sucediese en la silla de Sens, se retiró al monasterio de Fontenelle, donde murió el año 720.

La Iglesia naciente de Inglaterra no se distinguia menos por su adhesion á la Santa Sede, que por su celo en favor de la propagacion de la fé. Anteriormente se ha visto que la autoridad pontificia hizo cesar las persecuciones, que sufría San Vilfrido. Conrado, rey de los mercos, que se habia declarado su protector, dejó á poco tiempo el trono á ejemplo de su predecesor Eitelredo, y pasó á Roma con Ofra, rey de los sajones orientales, para abrazar la vida monástica. Muchos ingleses distinguidos por su nacimiento y riquezas, despues de renunciar á todas las esperanzas del mundo para consagrarse enteramente á Dios, emprendian tambien el viage de Roma por devocion, á fin de visitar los sepuleros de los santos apóstoles, y estudiar las reglas de la fé y de la disciplina en la fuente misma.

Los antiguos bretones se obstinaban, como los escoceses é irlandeses, en conservar su costumbre particular tocante á la celebracion de la Pascua. San Adeldo, abad de Malmesbury y luego obispo de Schirburn, escribió contra sus errores y los dispuso felizmente á conformarse con los usos de la Iglesia universal. Pertenecia aquel á la familia real de Wessex, y se educó en el monasterio de Cantorbery, donde aprendió las lenguas griega y latina bajo la direccion del abad Adriano. De vuelta á su país entró monge en el monasterio de Malmesbury, fundado habia poco por Maidulfo, sábio solitario irlandés, que para buscar su subsistencia se puso á enseñar á los jóvenes de la comarca, muchos de los cuales abrazaron la vida monástica bajo su conducta. Adeldo edificó á aquella comunidad con su forro, y sobre todo con sus austeridades. A veces se metía en una fuente donde le llegaba el agua hasta los hombros en noches de invierno, y allí permanecia mientras rezaba el salterio. Fué muy hábil no solamente en las artes liberales, si-

no tambien en las ciencias, con particularidad en el derecho romano, las matemáticas y la astronomía. Cundió tanto su nombradía, que de todas partes de la Gran Bretaña, y hasta de Francia, iban á oír sus lecciones. Es el primer inglés que se aplicó con algun fruto á la poesia latina. Tambien compuso canciones en la lengua nacional para la instruccion del pueblo, y las cantaba él mismo en las plazas públicas para atraer así á la multitud, á quien casaban los sermones. Le ordenó sucesor Leutero, obispo de Wessex, quien le nombró abad de Malmesbury el año 675, á ruegos de los otros abades de su diócesis. Cuando estaba al frente de este monasterio compuso su tratado contra los errores de los bretones por orden de un concilio. Muerto San Heddo, sucesor de Leutero, en el año 705, como el número de los fieles fuese cada dia en aumento, se dividió la diócesis de Wessex en dos obispados, el de Winchester y el de Schirburn, y San Adeldo fué consagrado para esta última silla por Britnaldo, arzobispo de Cantorbery, que habia sido su discípulo. Murió el santo el año 709, á los cuatro de obispado. Nos quedan dos tratados suyos de la virginidad, uno en prosa y otro en verso, donde describe las virtudes de muchos santos, entre otros de San Benito, cuya regla habian adoptado los monges de Inglaterra (1).

San Adamnano y San Ceolfrido contribuyeron por su parte á atraer los irlandeses y escoceses á la disciplina general de la Iglesia. El primero era sacerdote y abad del célebre monasterio de Hy. Diputado á Alfrido, rey de Nortumbria, para los asuntos de su nacion, visitó los monasterios de Viremount y de Jarow, cuyo abad era San Ceolfrido; y viendo éste su piedad y modestia, le exhortó con vivas instancias á que renunciara las costumbres particulares de los irlandeses para adoptar los usos de Inglaterra, conformes con la práctica de Roma y de todo el mundo cristiano, y le dijo en particular acerca de la tonsura clerical: "Hermano mio, tú que aspiras á la corona inmortal, ¿por qué llevas una imperfecta en la cabeza? Si deseas asociarte á la gloria de San Pedro en el cielo, ¿por qué imitas la tonsura del que aquel anatematizó?" En efecto, era entonces una creencia muy comun, sin que se sepa su origen y fundamento, que Simon el Mago habia llevado una tonsura en forma de media corona en la parte anterior de la cabeza, como la de los irlandeses, y que San Pedro habia establecido el uso de la corona entera con su ejemplo. Adamnano respondió: "¿Sabete, hermano mio, que si yo llevo la corona de Simon, no dejo de detestar sus errores." Y como era igualmente ilustrado que virtuoso, movido de las razones de Ceolfrido, se decidió á adoptar la disciplina de la Iglesia universal, prefiriéndola á los usos particulares de su país, y determinó á la mayor parte de los irlandeses á seguir su ejemplo; pe-

(1) Beda, *Hist. lib. V.—Vit. S. Adelm.*

ro no pudo persuadir á los monges de Hy, ni á los otros que dependían de esta comunidad. Solo de allí á muchos años, es decir, el de 716, cedieron á las exhortaciones é ilustración de San Egberto, que se había retirado á aquel monasterio. San Adamnano murió hácia el año 705. Había escrito la vida de San Columbano el Anciano, primer abad del monasterio de Hy, y compuesto una descripción de los Santos Lugares segun la relacion de un obispo de las Galias que había hecho la peregrinación á Jerusalem. Todavía poseemos estas dos obras (1).

San Ceolfrido, discípulo y sucesor de San Benito Biscop, era igualmente célebre por su celo é ilustración. Aumentó las rentas de sus monasterios, construyó varias capillas en ellos, proporcionó muchas obras preciosas á la biblioteca, y alcanzó del Papa Sergio un privilegio de exención, que confirmaron en un concilio los obispos de Inglaterra. Los pictos ó escoceses convertidos por las predicaciones de San Columbano el Anciano, habían seguido las costumbres de los irlandeses por la autoridad de aquel: hácia el año 710 queriendo su rey Nayton atraerlos á la disciplina católica, recurrió á San Ceolfrido y le pidió instrucciones sobre este punto, y algunos arquitectos para construir una iglesia de piedra segun la forma usada en Roma, porque hasta entonces los pictos no habían tenido mas que iglesias de madera. San Ceolfrido le escribió una larga carta, donde trata la cuestion de la Pascua con mucha ciencia, y demuestra que debe celebrarse segun el uso de la Iglesia católica, es decir, el domingo despues del día decaimocuarto de la luna del primer mes. En cuanto á la forma de la tonsura, conviene en que es una cosa indiferente en sí misma; pero sostiene que estando autorizado el uso de la corona entera con el ejemplo de San Pedro, debe preferirse á la media corona que llevó Simon el Mago. El rey Nayto hizo leer esta carta á presencia de los señores y de los personajes mas doctos de su reino, é hincado de rodillas dió gracias á Dios por las sólidas instrucciones que acababa de recibir: luego mandó que todos sus vasallos se conformasen con ellas en lo sucesivo. Esta orden se ejecutó en todas partes: los clérigos variaron la forma de su tonsura y adoptaron la corona entera, y para fijar la fiesta de Pascua se substituyó al ciclo de ochenta y cuatro años que se había usado hasta entonces, el de diez y nueve, admitido en toda la Iglesia. San Ceolfrido, agobiado de vejez, resolvió dejar el cargo de abad é ir á concluir sus días en Roma, á donde había hecho una peregrinación en su juventud con San Benito Biscop. Púsose en camino á pesar de los ruegos y lágrimas de los monges; pero al llegar á Francia cayó malo y murió en Langres el

(1) Se observa que por una excepcion singular, el abad del monasterio de Hy ejercía una especie de jurisdiccion en toda la provincia, y hasta los obispos estaban sujetos á él. Beda, *Hist.* lib. III, cap. IV.

el año 716. Entre los muchos discípulos de San Ceolfrido, se distingue el venerable Beda, de quien hablaremos mas adelante (1).

Mucho tiempo había que la Iglesia de Francia se resentía de los desórdenes ocasionados en el reino por la ambicion de los ministros de palacio. Era muy frecuente ver sentarse en las sillas episcopales á sujetos indignos por la intriga, la simonia y el favor de los grandes: los bienes de las iglesias y los monasterios estaban expuestos á las usurpaciones de los legos; y éste fué uno de los motivos que alegó Pipino para invadir la Neustria y declarar la guerra al rey Teodorico. Protestó que le habían movido especialmente las quejas que recibía todos los días acerca de estas explicaciones. Pero el afecto que mostró al clero no atajó del todo tamaños desórdenes. Despues de la muerte de Ebroino había expulsado al intruso Faramundo de la silla de Maestricht, y repuesto á San Lamberto que vivía retirado en el monasterio de Staveloes hacia siete años. El santo obispo, restituído á los votos de su clero y pueblo, volvió á ejercer sus funciones con nuevo celo, trabajó en la conversion de los idólatras que aun quedaban en las inmediaciones de Maestricht, y ganándolos insensiblemente con sus virtudes, destruyó muchos templos é ídolos. Pero tenia que sufrir las vejaciones continuas de dos señores que usurpaban los bienes de su Iglesia, y se hacian intolerables por su violencia. Al fin los parientes y amigos de San Lamberto, apurada la paciencia y sin dar oídos mas que á su indignacion, resolvieron matarles. Un señor llamado Dodoti, que era pariente de los muertos y estaba agregado á la servidumbre de Pipino, se encargó de vengar la muerte de aquellos en la persona del obispo, y reuniendo una tropa de gente armada, le fué á acometer en la aldea de Leodio, á una legua de Tongres sobre el Mosa. Viéndose San Lamberto así amenazado, cogió una espada para defenderse en el primer movimiento; pero casi al punto la arrojó al suelo, y como sus sobrinos se dispusieran á rechazar la violencia, los exhortó á sufrir con resignacion el castigo de la muerte que habían cometido, y despues se puso de rodillas para ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Los asesinos entraron en la casa, degollaron á todos cuantos encontraron, y uno de ellos atravesó con un dardo al santo obispo en la habitacion en que estaba orando. Así murió San Lamberto por los años de 708, á los cuarenta de obispado. Su cuerpo, enterrado en Maestricht, fué trasladado de allí á poco á una iglesia construida en el lugar mismo de su muerte, y los muchos milagros que allí se obraron atrajeron un concurso inmenso de fieles; de modo que la aldea de Leodio ó Lieja, llegó á ser en breve tiempo una ciudad considerable. Luego se trasladó allí la silla episcopal, que desde Tongres lo había sido ya á Maestricht.

El sucesor de San Lamberto fué San Huberto, su discípulo: des-

(1) Beda, *Hist.* lib. V.—*Vit. S. Adamn. et S. Ceolfr.*

endencia de una familia noble de Aquitania, y había servido en su juventud en la corte del rey Teodorico, donde llevó una vida mundana y disipada. Cuéntase que un día de fiesta solemne, yendo de caza durante el oficio, vió un ciervo que llevaba una cruz en la cabeza, y oyó una voz que le amenazaba con el infierno si no se convertía, y que inmediatamente se apeó del caballo y resolvió obedecer aquella advertencia del cielo. Sea lo que quiera de este hecho, referido por un autor anónimo, lo cierto es que habiéndose presentado en la corte de Austrasia, le atrajo al lado de San Lamberto la fama de sus virtudes, y entró en su clero. Huberto había sido casado y tenía un hijo, llamado Floriberto, que le sucedió en el obispado.

Por este mismo tiempo pereció también de muerte violenta San Tetrico, obispo de Auxerre. Había sido abad del célebre monasterio de San German, de donde salieron hasta catorce obispos de aquella diócesis en diferentes épocas. Gobernó la Iglesia de Auxerre quince años, y en el primero celebró un sínodo en que arregló el órden segun el cual había de ir el clero de las diferentes parroquias á celebrar el oficio en la catedral, cuyo clero sin duda no era bastante numeroso. El ecónomo ó administrador de los bienes de la Iglesia y el mayordomo de la casa episcopal, estaban encargados de suministrar las retribuciones al clero que se hallaba de servicio. Este uso existía ya en la Iglesia de Auxerre desde el siglo anterior. San Tetrico fué muerto por su propio arcidiano hácia el año 709, y despues de su muerte estuvo vacante tres años la silla episcopal.

Al mismo año se refiere la muerte de San Bonito, obispo de Clermont. Era natural de esta ciudad y de familia nobilísima, y despues de haber ejercido el cargo de referendario ó canceller en la corte de Sigeberto II, fué nombrado gobernador de la Provenza. Ya entonces se distinguía por sus virtudes, dándose al ayuno y á la oración, rescatando los cautivos y reconciliando á los enemigos. Su hermano Avito, que había sucedido á San Proyecto en la silla de Clermont, designó por sucesor suyo á Bonito con el consentimiento de su Iglesia, y Pipino que gobernaba el reino bajo el nombre de Teodorico, se apresuró á aprobar aquella elección. Promovido San Bonito á la dignidad episcopal, redobló sus austeridades hasta pasar dos ó tres días seguidos y á veces cuatro sin comer. Prolongaba sus vigiliás para entregarse á la lectura y á la meditacion, daba grandes limosnas, ejercía la hospitalidad y celebraba conferencias con sus sacerdotes para instruirlos en la ciencia eclesiástica. Así gobernó unos diez años; pero luego, habiendo concebido algunas dudas sobre la regularidad de su elección, por haber sucedido á su hermano que aun vivía, pasó al monasterio de Solignac cerca de Limoges, á consultar con San Tillon, discípulo de San Eloy, y conformándose humildemente con la decision de un simple religio-

so, dejó su Iglesia y tomó el hábito monástico en la abadía de Manlieu, fundada algun tiempo antes por San Ginés, uno de sus predecesores. Es creible que tuvo mucha parte en un escrito sólido que publicaron entonces los monjes de esta abadía para combatir las heregías de Novaciano y Joviniano que acababan de reproducirse en la diócesis de Clermont. San Bonito distribuyó todos sus bienes á las iglesias y monasterios, y al cabo de un año de retiro marchó á Roma á visitar los sepulcros de los santos apóstoles. Al pasar por Leon reconcilió al arzobispo con el duque de Borgoña. Fué recibido con honrosa distincion por Ariberto, rey de los lombardos, que se encomendó á sus oraciones, y atribuyó á ellas la victoria que por entonces consiguió de un competidor á la corona. San Bonito rescató gran número de cautivos durante su peregrinacion, dió abundantes limosnas y obró muchos milagros. De vuelta á Francia se detuvo en Leon, donde murió á los cuatro años: sus reliquias fueron llevadas á su antigua iglesia de Clermont.

Childeberto III, que había sucedido á su hermano Clodoveo en el trono de Francia, murió el año 711, y dejó la corona á su hijo Dagoberto III, que solo reinó cuatro años. A su muerte proclamaron los franceses de Nenstria á un hijo de Childerico II, que tomó el nombre de Chilperico. Muerto éste el año 720, le sucedió Teodorico IV, hijo de Dagoberto III. Pipino, duque de Austrasia, había fallecido el año 714. Su hijo Carlos Martel tuvo que sostener una guerra contra Chilperico, que intentó reducir la Austrasia: le ganó muchas victorias, hizo proclamar rey á un hijo de Teodorico III con el nombre de Clotario, y habiéndolo muerto éste á poco tiempo, obligó Carlos á Chilperico á que le reconociera como ministro de palacio, con cuyo título ejerció toda la autoridad real. No siguió las reglas de conducta observadas por su padre con el clero; y en vez de proteger las Iglesias de la injusticia y la codicia, las despojó de sus bienes para enriquecer á sus guerreros. Habiendo querido apoderarse de la ciudad de Reims, cuando estaba en guerra con Chilperico, se lo impidió la firmeza del obispo San Rigoberto, que rehúsó abrirle las puertas, y cuando Carlos llegó á ser dueño de aquella, le expulsó de su silla, y puso en su lugar á Milon, clérigo de tonsura, que disfrutaba ya el obispado de Tréveris, y poseyó injustamente estas dos sillas importantes por espacio de cuarenta años.

Por esta época cayó España bajo la dominacion de los musulmanes y la Iglesia quedó reducida al estado mas deplorable. El rey Writiza que había sucedido á su padre Egica el año 701, mandó celebrar un concilio en Toledo, de que no quedan actas ni cánones, y señaló el principio de su reinado con algunos actos de clemencia; pero abandonándose despues á sus pasiones, todo lo desordenó con su tiranía y licencia desenfundada. Tuvo muchas mugeres á un tiempo, sin contar el gran número de concubinas, y su ejemplo seguido primero por los grandes, cundió luego al pueblo y

hasta al clero. Gonderico, prelado ilustre por su santidad y milagros, ocupaba entonces la silla de Toledo, y mientras vivió, su celo y prudencia evitaron una parte del mal; pero su sucesor Sinderedo contribuyó á aumentar el desórden, y por complacer á Witiza, no se avergonzó de maltratar á los eclesiásticos mas venerables que habian tenido valor para oponerse á las injusticias del rey y echarle en cara sus crímenes. Las vejaciones llegaron á ser tan escandalosas, que resolvieron aquellos apelar al Papa. Entonces Witiza, teniendo las resultas de esta apelacion, prohibió obedecer las constituciones apostólicas, y no se limitó á permitir, sino que mandó á todos los eclesiásticos que tuvieran una muger ó una concubina, y aun muchas si querian. En seguida con doble desprecio de los cánones dió en vida de Sinderedo el arzobispado de Toledo á su hermano Opas, que ya ocupaba la silla de Sevilla: restituyó la libertad á los judíos condenados á servidumbre bajo el reinado anterior, por haber conspirado con los musulmanes de ultramar, y otorgó á las sinagogas privilegios mas amplos que los que disfrutaban las iglesias. Por último, despues de haber quitado la vida á Favila y hecho sacar los ojos á Teodofredo, uno y otro de régia estirpe, mandó derribar las murallas de las ciudades mas importantes por temor de una rebelion.

Entre tanto, Roderico ó Rodrigo, hijo de Teodofredo, se puso á la cabeza de los descontentos, derrotó á Witiza, le hizo sacar los ojos y fué proclamado rey por los grandes en el año 711. Pero no tardó en imitar los desórdenes de su predecesor, y en el ardor de sus vergonzosas pasiones robó el honor á la hija del conde D. Julian, gobernador de la ciudad de Ceuta, que poseian los godos en la costa de Africa. Deseoso éste de vengar la injuria, determinó á los musulmanes á pasar á España para conquistarla. Consiguieron muchas ventajas sobre Rodrigo, y por fin ganaron una batalla decisiva en que se cree pereció este rey voluptuoso: luego se adelantaron hasta Toledo, cuyo obispo Sinderedo se habia fugado. El usurpador Opas entregó la ciudad al general musulman, que quitó la vida á los principales ciudadanos, y prosiguiendo su marcha victoriosa, ejerció donde quiera las mismas crueldades. Entraba las ciudades á saco, á veces las incendiaba y hacia degollar hasta las mugeres y los niños. Por este medio esparció un terror tan grande, que las plazas que aun se sostenian se rindieron á toda prisa y pidieron la paz. De allí á algun tiempo, la viuda de Rodrigo se casó con el gobernador musulman con la condicion de que ella y los cristianos habian de ejercer libremente su religion (1). Los árabes hicieron capital á Córdoba que lo habia sido en tiempo de los romanos. Asi

(1) Se llamaron mozárabes los cristianos que quedaron en las provincias de España sujetas á los infieles, y de ahí viene el nombre de mozárabe, dado á la liturgia española.

concluyó el año 713 la dominacion de los godos en España donde habia durado unos trescientos.

Una parte de los habitantes refugiados en las montañas de Asturias, consiguieron mantenerse independientes, y en el año 718 eligieron por soberano á Pelayo, hijo de Favila, á quien Witiza quitó la vida. Los cristianos de Toledo habian llevado á aquellas montañas una arca de reliquias traídas antiguamente de Jerusalem, que miraron siempre como su salvaguardia. Algunos años mas adelante se depositó en Oviedo, donde los reyes de Asturias fijaron su residencia. Habiendo sabido los sarracenos la eleccion de Pelayo, quisieron persuadirle á que se sometiera, á cuyo efecto enviaron á su general Alcamán y al intruso Opas, que por su inteligencia con aquellos no habia dejado de contribuir á la ruina de su patria. Seguitalos un ejército numeroso, y llevaban presentes con el objeto de aterrarle si no le ganaban. Pero Pelayo, informado de su llegada, se habia retirado con los suyos á la famosa cueva de Covadonga, consagrada por la veneracion de los pueblos á la Madre de Dios; y como Opas al acercarse á él le exhortase á reconocer el poder de un enemigo vencedor á quien no habian podido resistir todas las fuerzas de los godos, respondió el príncipe: "Esperamos que de lo interior de estas montañas salga la salvacion de España, y que Dios despues de habernos castigado, no nos negará su misericordia. Por eso no tememos esa multitud de infieles." Entonces volviéndose el obispo Opas al ejército de los sarracenos, gritó: "Avanzad: solo á la fuerza reduciremos á estos furiosos;" y en el acto arrojaron los bárbaros una nube de saetas y de piedras, que dando en la roca de la caverna se volvian contra ellos: al mismo tiempo salieron los cristianos con un valor sobrehumano y embistieron al ejército enemigo, hicieron gran carniceria en él, y ahuyentaron á los que quedaron vivos: fué muerto el general Alcamán, y Opas cayó prisionero. De la montaña se desgajó un enorme peñaseco sobre algunos de los fugitivos y los precipitó en el rio que corre al pié de aquella. Despues de esta victoria, que se miró como un milagro, Pelayo con su reducido ejército fué á caer sobre las tropas de Munuza, que se habia fijado en un distrito de Asturias. El general árabe perdió la vida en la batalla, y su ejército fué derrotado en términos que no quedó un solo moro en toda la provincia. Entonces se reunieron los cristianos de todas partes, repoblaron las ciudades, reedificaron las iglesias, y dieron á Dios solemnes acciones de gracias. No pudiendo los sarracenos forzarlos en las montañas, intentaron á lo menos quitarles lo que los godos habian poseído hasta entonces al otro lado de los Pirineos. Tomaron á Narbona y algunas otras plazas el año 719, y de allí á dos fueron á sitiar la ciudad de Tolosa; pero la socorrió y libró Eudo, duque de Aquitania, que derrotó el ejército de aquellos. Pronto los veremos hacer nuevas tentativas, llevando el espanto y la desolacion á una parte de Francia, y sucum-

bir al cabo por los esfuerzos reunidos del mismo duque y de Cárlos Martel (1).

El Papa Sergio había muerto el año 701. Dispuso que se cantara el *Agnus Dei* en la misa mientras se partían las hostias para la comunión. Su sucesor Juan VI murió al principio del año 705. Durante su pontificado fué aislada la Campania por Gisulfo, duque lombardo de Benevento, que no contento con el pillage, se llevó una multitud de cautivos. El Papa envió sumas considerables para rescatarlos, y determinó al duque á retirarse con sus tropas. Este mismo Gisulfo dió á tres hermanos descendientes de una familia noble de Benevento, un terreno cerca de las fuentes del río Vulturno, donde fundaron el célebre monasterio de San Vicente. Juan VII, de nación griego como Juan VI, fué promovido á la dignidad pontificia el 1.º de Marzo del año 705. Justiniano, que en el mismo logró recuperar el trono, envió á este Papa las actas del concilio quinisepto por mano de dos metropolitanos, con una carta en que le rogaba que congregase un concilio en Roma para confirmar lo que aprobase en dichas actas, y desechar lo que le disgustase. El Papa, sin explicarse, le devolvió el ejemplar tal como le había recibido; pero esta conducta, tachada de debilidad por unos, y mirada como un acto de prudencia por otros, no puede pintarse como una aprobación del concilio quinisepto, y en todos casos no podía producir otro efecto ni llevar otro objeto que permitir, ó mas bien tolerar, su observancia en las Iglesias de Oriente. Juan VII alcanzó que Ariberto, rey de los lombardos, restituyera á la Santa Sede los Alpes cotianos, es decir, del monte Genevre y del monte Cenis, usurpados por aquella nación había mucho tiempo. Murió este Papa el 17 de Octubre del año 707, y le sucedió Sisinio, sirio de nación, el 18 de Enero siguiente; pero no ocupó la silla apostólica mas que veinte dias. A su muerte fué elegido Constantino, tambien sirio, que gobernó la Iglesia siete años. Era el sétimo Papa elegido sucesivamente entre los originarios de la Grecia ó de la Siria.

Justiniano, despues de once años de destierro en el Quersoneso, había hallado medio de eludir la vigilancia de sus guardias y escaparse á la Bulgaria, de cuyos habitantes esperaba auxilio para recobrar el solio. Estando en alta mar, sobrevino una horrible borrasca, y un criado suyo le dijo: "Prometed á Dios que si os restituye el imperio perdonafeis á vuestros enemigos." Justiniano le respondió encolerizado: "Al contrario, que Dios me quite la vida si perdono á uno siquiera." Conseguido el socorro que solicitaba, marchó en derecha á Constantinopla, penetró en la ciudad por un acueducto, se apoderó de Absimaro y de Leoncio, su predecesor, los mandó pasear cargados de cadenas por toda la ciudad y llevarlos despues al hipódromo, donde les tuvo puesto el pié sobre la gargan-

(1) Roderic, lib. II.—Sebast. SaImant.

ta por espacio de una hora entre los aplausos de la multitud, y por último hizo que los decapitaran á entrambos. Al patriarca Calinico le envió desterrado, despues de mandar sacarle los ojos, y puso en su lugar á un recluso llamado Ciro, que le había predicho su restauración.

Ignórase con qué objeto y por qué motivo quiso tener una conferencia con el Papa Constantino. Algunos autores conjeturan con bastante verosimilitud, que fué relativa á los decretos del concilio quinisepto, y que el Papa aprobó los que eran conformes á la disciplina de la Iglesia romana. Como quiera, Justiniano le llamó á Oriente el año 710 y le esperó en Nicomedia. Le hizo grandes obsequios, quiso recibir la comunión de su mano, le pidió que intercediera por sus pecados, y renovó todos los privilegios concedidos á la Iglesia. El Papa recibió en todas partes testimonios de veneración, y volvió á Roma despues de un año de ausencia. Nótase otra circunstancia en que Justiniano á pesar de sus vicios había ostentado mucho celo y fidelidad á la Iglesia romana. Félix, consagrado obispo de Ravena por el Papa Constantino, había querido rechazar la autoridad de la Santa Sede, y á este efecto se había concertado con los magistrados de la ciudad. El emperador dió orden al ejército de Sicilia para marchar contra Ravena. Félix y sus cómplices cargados de cadenas fueron enviados á Constantinopla: á aquel le sacaron los ojos y le desterraron al Ponto. Mas luego se le levantó el destierro, y habiéndose sometido al sumo Pontífice fué re- puesto en su silla (1).

Las desgracias de Justiniano, lejos de cambiar su carácter, habían irritado su genio cruel y vengativo. Un ejército que había enviado contra el Quersoneso con orden de llevarlo todo á sangre y fuego, se rebeló el año 711 y proclamó emperador á un armenio llamado Bardanes, que tomó el nombre de Filípico. Inmediatamente se dirigió á Constantinopla, se apoderó de Justiniano, y mandó cortarle la cabeza que envió á Roma. Tiberio, hijo de Justiniano, se había refugiado en una iglesia, y con una mano estaba agarrando al altar y con otra á la verdadera cruz; pero fué arrancado de aquel asilo, y degollado á presencia de su abuela la emperatriz Anastasia. En él concluyó la familia de Heraclio, que había ocupado el trono por espacio de un siglo.

Bardanes ó Filípico era monotelita, y un recluso inficionado de la misma heregia, le había predicho mucho tiempo antes que lograría el imperio, añadiendo que entonces debería, para obedecer la orden de Dios, abolir el concilio sexto, y que con esta condicion seria su reinado largo y próspero. Bardanes se lo prometió con juramento; pero cuando vió encumbrado al solio á Leoncio, fué á buscar al recluso, quien le renovó la predicción y la repitió otra vez des-

(1) Anast. Vit. Pontif.—Teoph.—Niceph.

pues de la coronación de Absimaro. Habiendo verificado el acaso esta predicción, Filípico cumplió su palabra, y antes de entrar en el palacio imperial, mandó quitar el cuadro del concilio sexto que estaba en el vestíbulo. Inmediatamente convocó un nuevo concilio donde fué condenado aquel, y echó de sus sillas á muchos obispos que rehusaron suscribir á su conciliábulo, entre otros á Ciro, patriarca de Constantinopla, en cuyo lugar puso á Juan, monotelita. Restableció en los dípticos los nombres de Sergio, Honorio y los otros reprobados por el concilio sexto, y mandó quemar públicamente una copia de las actas de éste que se halló en palacio, escrita de puño del diácono Agaton, notario y bibliotecario de la iglesia mayor de Constantinopla. El recluso que le habia predicho el imperio, quedó ciego en el mismo día. Dos años mas adelante, el diácono Agaton hizo de su puño otra copia de las actas del concilio sexto, y añadió una advertencia en que declara, que tambien él habia escrito las copias de la definicion de fé que se enviaron con las suscripciones del concilio á Roma y á las sillas patriarcales, y que estaban escritas en letras eclesiásticas, es decir, probablemente en una forma de escritura distinta de la de las actas vulgares.

Filípico envió las de su conciliábulo á Roma con una carta en que exponia abiertamente su heregía. El Papa las rechazó con indignacion, y para hacer patente la fé de la Iglesia romana, se erigió en la basilica de San Pedro un cuadro que representaba los seis concilios generales. El pueblo se negó á reconocer á Filípico como emperador, y no quiso que se pusiera su imagen en la iglesia, ni que se pronunciara su nombre en los santos misterios, ni permitió siquiera recibir la moneda acuñada con su busto. Llegó hasta el punto de intentar rechazar á mano armada al gobernador de Filípico, y un combate empeñado para este efecto, delante de palacio, hubiera tenido las consecuencias mas graves, si el sumo Pontífice no hubiese enviado algunos obispos con la cruz y el libro de los Evangelios para apaciguar á la multitud. A poco se supo que Filípico habia sido depuesto: que le habian sacado los ojos; y que al día siguiente, que era el de Pentecostes del año 713, habia sido proclamado emperador Artemio, primer secretario de estado, quien tomó el nombre de Anastasio. Al mismo tiempo los obispos presentes en Constantinopla y el clero de la ciudad habian promulgado de nuevo el concilio sexto, y vuelto á colocar su cuadro entre los otros cinco, en el parage de donde Filípico le habia quitado. Anastasio, que era católico, envió inmediatamente su profision de fé al sumo Pontífice; y por su parte el patriarca Juan, de Constantinopla, escribió una carta al Papa, en que aparentaba ser católico, y decia que á pesar de su resistencia le habian obligado á aceptar la silla patriarcal, y que no habia omitido medio alguno para contener las malas inclinaciones de Bardanes. Confesaba en términos formales dos voluntades y dos operaciones en Jesucristo, y hablan-

do de las actas del concilio sexto, decia: "Aunque Filípico quemó la copia que habia en palacio, no ganó nada, porque guardamos otras por nuestra parte, suscritas igualmente por los obispos y el emperador, y tenemos particularmente el ejemplar escrito de puño de Pablo, que despues fué obispo de esta Iglesia." Por último, suplicaba al sumo Pontífice que le perdonara lo pasado y le enviara letras sinódicas en señal de comunión. No parece que recibiese respuesta. De allí á dos años fué depuesto, y trasladado á su silla German, obispo de Cízico. El acta de esta traslacion declaraba que se habia hecho por el voto del clero, senado y pueblo de Constantinopla, en presencia de muchos obispos y del apocrisario ó legado de la Santa Sede. German era hijo de un patricio condenado á muerte por cómplice en el asesinato del emperador Constante, y él habia quedado eunuco en castigo del delito de su padre. Podia imputársele el haber protegido el monotelismo en el reinado anterior; pero reparó esta debilidad con una retractacion sincera, y mas adelante le veremos distinguirse por su celo en defensa de las santas imágenes (1).

No ocupó Anastasio mucho tiempo el trono. Habiendo sabido que el califa Soliman hacia grandes preparativos para acometer á los romanos, quiso anticipársele, y armó una gran flota, cuyo mando dió á Juan, diácono de la Iglesia de Constantinopla, que era al mismo tiempo tesorero general del imperio. Las tropas reunidas en la isla de Rodas se amotinaron, mataron á su general, y tomando despues el camino de Constantinopla, proclamaron emperador á Teodosio, recaudador de tributos en la Anatolia. Anastasio, incapaz de resistirles, abdicó el imperio y se hizo monge despues de haber reinado tres años escasos; tampoco reinó Teodosio mas que catorce meses. Leon, el Isáurico, que se hallaba al frente de su ejército, le obligó á ceder el imperio y á ordenarse clérigo. Estas frecuentes revoluciones ocasionaron la decadencia de los estudios, y fueron un manantial de desórdenes y calamidades. El imperio se habia debilitado tanto, que los musulmanes hacian sus correrías hasta las puertas de Constantinopla.

Tambien ellos habian sido víctimas de discordias y guerras civiles por mucho tiempo; pero hácia la mitad del último siglo habia logrado Abdelmelic sojuzgar el Egipto y la Arabia, que habian sacudido el yugo de los califas de Siria hacia muchos años. Abdalaziz, hermano de aquel y gobernador de Egipto, mandó hacer el padron de los monges y les exigió un dinar ó un sueldo de oro por cabeza. Este era el primer tributo que se les imponia. Queriendo Valid, hijo y sucesor de Abdelmelic, construir una mezquita en Damasco, hizo derribar la iglesia mayor dedicada á San Juan. Cuéntase que ofreció por ello cuarenta mil dinates á los cristianos,

(1) Anast.—Theoph.—Niceph. Hist.—Zonar.
Tom. II.

y que habiendo rehusado éstos abandonar á la profanacion el lugar santo á precio de oro, Valid se apoderó de la iglesia sin darles nada. Algunos años mas adelante dirigieron los cristianos sus reclamaciones al califa Omar, fundándolas en las promesas y seguridades del general musulman que se habia apoderado de Damasco; y despues de muchas contestaciones se convino en que los musulmanes no estaban obligados á restituir la iglesia de que se habian apoderado; pero que desistirian de sus pretensiones sobre todas las demas y sobre los monasterios de la ciudad y sus alrededores. Omar llevaba el celo por su religion hasta el fanatismo. Con ocasion de un terremoto, prohibió el uso y hasta la introduccion del vino en las ciudades, y no omitió diligencia para pervertir á los cristianos. Eximia de tributos á los apóstatas, y á veces mandaba quitar la vida á los que permanecian firmes en la fé; de suerte que hubo muchos mártires bajo su reinado. Prohibió recibir el testimonio de un cristiano contra un musulman, y por último, envió una carta dogmática al emperador Leon para persuadirle que abrazara la secta de Mahoma. Murió este califa el año 720, tercero de su reinado, y le sucedió Yezid, hijo de Abdelmelic (1).

El Papa Constantino falleció el 9 de Abril del año 715, y á los cuarenta dias fué elegido Gregorio II, que ocupó la Santa Sede cerca de diez y seis años. Desde su niñez se habia educado al lado del Papa Sergio y habia seguido al Papa Constantino en su viage á Oriente, donde admiró á Justiniano por la sabiduría y precision de sus respuestas sobre muchos puntos que discutió con él. Renuia á la pureza de costumbres un talento superior, y durante su pontificado dió muchas y señaladas pruebas de celo, prudencia é ilustracion. La Italia sufría frecuentes estragos de los lombardos, que se apoderaron entonces de la ciudad de Cumas, y no quisieron restituirla por mas instancias que les hizo el Papa. Ofreciáles por su rescate treinta libras de oro, y aunque la ciudad fué reconquistada, no dejó de darles la suma prometida. Es de notar que iba un subdiácono á la cabeza de las tropas que recobraron la ciudad de Cumas, y en la misma época se hallan otros muchos ejemplares de eclesiásticos que llevaban las armas, sobre todo en las guerras contra infieles. Algunos años mas adelante Luitprando, rey de los lombardos, marchó contra Roma, y ya estaba á punto de hacerse dueño de ella, cuando se detuvo por un respeto religioso, en vista de las representaciones del sumo Pontífice que salió á exhortarle á la paz. Ya veremos en lo sucesivo cómo se unió á los romanos para defender al Papa de las usurpaciones del exarca de Ravenna. Habiendo sabido Luitprando que los sarracenos profanaban las reliquias de San Agustín en Cerdeña, les envió embajadores con gruesas sumas para que le entregaran aquel precioso depósito, que

(1) Elmec. *Hist. Sarrac.*—Abulf. *Hist. ivii.*

colocó en la iglesia de un monasterio próximo á la ciudad de Pavía, capital de su reino.

En medio de los desórdenes ocasionados por la guerra, no omitió el Papa Gregorio II ninguna diligencia para hacer florecer la disciplina monástica en Italia; á cuyo efecto pensó el año 718 en restablecer el monasterio del monte Casino, arruinado por los lombardos hacia ciento y cuarenta, y cometié este cuidado á algunos religiosos del monasterio de Letran que fundaron en otro tiempo los del monte Casino. Su gefe era Petronax, piadoso ciudadano de Brescia, que habiendo ido á Roma por devocion, abrazó la vida monástica: unióronse á algunos solitarios que habitaban las ruinas del monasterio, y pronto formaron una comunidad floreciente. Esta casa llegó á ser el centro y la residencia principal de la orden de San Benito, y Petronax fué el sexto abad de ella. Gregorio restauró la antigua iglesia de San Martin, donde levantó un altar en honor de los Santos Faustino y Jovita, martirizados en Brescia, y trasladó el brazo de uno de ellos, lo que se nota como uno de los primeros ejemplos de dividir las reliquias en Occidente. Aun en la ciudad de Roma habia muchos monasterios arruinados y abandonados: el Papa los reparó y los pobló de monjes que iban á cantar el oficio diurno y nocturno á las iglesias inmediatas. Tambien hizo un monasterio de un hospital de ancianos que habia detras de la iglesia de Santa María la Mayor, donde los nuevos religiosos tuvieron obligacion de celebrar el oficio. Por último, despues de la muerte de su madre Honesta, consagró á Dios su propia casa y edificó desde los cimientos un monasterio en honor de Santa Agueda, al que dió muchas fúncas y diversos ornamentos de plata maciza y de un peso considerable (1).

Como en Italia eran frecuentes los matrimonios de los romanos ó de los lombardos con parientas ó con personas consagradas á Dios, el Papa Gregorio II para reformar estos abusos congregó un concilio el año 724, al que asistieron veintidos obispos y catorce presbíteros. De los diez y siete cánones que se hicieron, los primeros pronuncian anatema contra cualquiera que se case ya con una sacerdotisa, diaconisa ó religiosa, ya con su sobrina, cuñada, prima, suegra, y generalmente con cualquiera parienta ó afin. Llamábase sacerdotisa la muger del que habia sido sacerdote, y le estaba prohibido contraer otras nupcias aun despues de muerto su esposo. Los otros cánones condenan á los que se casen con su comadre, á los que hayan arrebatado una doncella ó una viuda, á los que hayan consultado á los adivinos, servidosse de encantos ó practicado otras supersticiones, á los que hayan usurpado bienes pertenecientes á la Iglesia, y por último, á los clérigos que se dejen crecer el cabello.

(1) Anast. *Vit. Greg. II.*—Paul. Diac. *lib. V.*

Las misiones de la Germania fueron tambien objeto de la solicitud particularísima del sumo Pontífice. En el año 716 dió al obispo Martiniano, que partía para la Baviera con un presbítero y un subdiácono de la Iglesia romana, una instrucción en que son de notar las reglas siguientes: «Celebrareis una junta de los principales de la nacion de acuerdo con el duque de la provincia: examinareis á los sacerdotes y demas clérigos: dejareis que ejerzan sus funciones aquellos cuya fe sea pura y se hayan ordenado canónicamente, y cuidareis de hacerlos observar las tradiciones de la Iglesia romana. En cuanto á los otros ministros que reconozcais indignos, los pondreis entredicho y les dareis sucesores. Atenderéis á que en cada iglesia se celebren la misa y oficios del día y de la noche con las lecciones de la Escritura. Establecereis obispados cuya extensión y circunscripción arreglareis, teniendo consideración con la jurisdicción de cada duque; y si hay tres sillas ó mas, reservareis la principal para un arzobispo. Reunireis tres obispos para consagrar otros nuevos por la autoridad de la Sede apostólica. Si hallais un sugeto digno de ocupar la silla metropolitana, nos le enviareis con cartas de vuestra parte ó le acompañareis vos mismo. Si no hallais ninguno capaz, nos lo participareis para enviar uno de aquí. Encargareis á los obispos que no confieran órdenes ilícitas ni extra tempora: que velen por la conservación de los bienes de la Iglesia y hagan cuatro partes de ellos segun la costumbre; y por último, que no administrén el bautismo sino en las fiestas de Pascua y Pentecostes fuera de los casos de necesidad.» El resto de la instrucción era concerniente á diversos puntos de dogma ó de disciplina, principalmente respecto del matrimonio, las observancias supersticiosas y los sortilejos usados entre los germanos.

La Baviera tenia ya dos ilustres obispos, San Ruperto ó Roberto, de Salzburgo, y San Corbiniano, de Frisinga, uno y otro de origen francés. San Roberto era de la stirpe real y fué primero obispo de Worms. Llamado por Teodon, duque de Baviera, para predicar la fé en esta provincia, envió al punto algunos de sus discípulos y no tardó él en seguirlos. Convirtió y bautizó al duque y muchos de sus vasallos, recorrió el pais hasta las fronteras de la Panonia baja, y fijó su silla en Salzburgo, donde edificó una magnífica iglesia con un claustro para los religiosos encargados de celebrar el oficio todos los dias. Luego volvió á Francia á buscar nuevos misioneros, y se llevó doce con su sobrina Erentrudis que se habia consagrado á Dios: fundó para ella un monasterio en una montaña cercana que tomó el nombre de Nonneberga. El santo obispo continuó sus tareas apostólicas con tanto fruto como celo, y murió el año 718, despues de haber nombrado un sucesor capaz de sostener su obra.

San Corbiniano, natural de Chartres cerca de Paris, se encerró desde su juventud con sus criados en una casa contigua á la igle-

sia, y la convirtió en un monasterio pequeño. Una multitud de personas atraídas por la fama de sus virtudes acudieron á visitarle para edificarse con sus ejemplos y pedirle instrucciones. Los señores mas principales le llevaban ofrendas, y él las distribuia inmediatamente á los pobres. Su nombradía llegó á oídos de Pipino, ministro de palacio, que se encomenó á sus oraciones. Temiendo al fin Corbiniano que las visitas y presentes de los seculares fuesen causa de perdición para su alma, dejó la celda al cabo de eatorce años y marchó á Roma para manifestar sus escríptulos al Padre comun de los fieles. Sorprendido el Papa de su mérito, le consagró obispo, sin asignarle ninguna silla particular; y considerando la relajacion deplorable en que habian caído las Iglesias de las Galias por la fatalidad de los tiempos, quiso poner remedio con una mision extraordinaria, y dió el palio á Corbiniano con potestad de predicar por todas partes. El santo obispo se sometió, aunque con mucha repugnancia, y volvió á predicar en las diferentes provincias de Francia, donde su celo produjo los mas felices resultados, tanto en los pueblos como en los monges y el clero. Pero su humildad se sobresaltó de nuevo con la veneracion de que era objeto, y se retiró á su antiguo monasterio, donde moró siete años; y como su fama iba en aumento, resolvió volver á Roma á fin de conseguir permiso del Papa para renunciar el obispado y vivir del trabajo de sus manos bajo la direccion de un superior en cualquiera monasterio donde fuese desconocido. Pasó por la Baviera, y allí se detuvo algun tiempo para afirmar en la fé aquel pueblo recién convertido: fué muy bien recibido por el duque Teodon y su hijo Grimoaldo, que hicieron inútiles esfuerzos para que se quedara en sus Estados. Llegado Corbiniano á Roma por segunda vez en el año 717, se echó á los piés del sumo Pontífice, y le expuso de una manera patética el objeto de sus deseos. El Papa, no teniendo por conveniente acceder á ellos, reunió un concilio donde se resolvió á una voz que Corbiniano debia continuar su ministerio. Tomó, pues, el santo obispo el camino de la Baviera y halló guardada la frontera por gente del duque Grimoaldo, que habia dado orden de no dejarle pasar sin que prometiese ir á buscarle. Corbiniano se vió en la precision de dirigirse al palacio del duque; pero envió á decirle que no le veria á menos que no rompiese antes el matrimonio incestuoso que habia contraído con la viuda de su hermano. Grimoaldo, despues de cuarenta dias de término, cedió al cabo á las incessantes exhortaciones del santo obispo, que se mantuvo inflexible en su negativa. Los dos esposos prometieron separarse y fueron á confesar su culpa á los piés de Corbiniano, que les puso las manos en la cabeza, hizo la señal de la cruz y les impuso en penitencia limosnas, ayunos y oraciones: luego consintió comer con ellos. Estableció su silla en Frisinga, donde edificó una iglesia en honor de la Santísima Vir-

gen é instituyó monjes para que celebraran el oficio. Murió de allí á unos doce años, es decir, el de 230 (1).

Por esta misma época comenzaba á propagarse la fé en las regiones vecinas por las predicaciones de San Bonifacio, que mereció el título de apóstol de la Germania, á causa de sus dilatados y fructuosos afanes. Era natural del país de Wessex en Inglaterra, y su primer nombre fue Winfrido; pero el Papa Gregorio II al consagrarle obispo, le dió el de Bonifacio, con el cual es mas conocido. Abrazó la vida monástica en su juventud, é hizo tales progresos en las ciencias, que en cuanto concluyó sus estudios le encargó el superior de la enseñanza. Ordenado despues sacerdote á la edad de treinta años, fué llamado muchas veces á los concilios por los obispos de la provincia á causa de su celo y luces. Pasó á la Frisia con otros dos monjes hácia el año 716 para trabajar en la conversion de los infieles; pero no pudiendo entonces esperar ningun fruto por las malas disposiciones del duque Ratbodo, volvió á su monasterio, y á poco tiempo marchó á Roma con cartas de recomendacion de su obispo, que era Daniel, de Winchester, célebre por su virtud y doctrina. El Papa Gregorio II recibió á Bonifacio con júbilo, y habiéndole examinado para cerciorarse de su capacidad y de su fé, le dió reliquias y la potestad de predicar el Evangelio en todos los pueblos infieles á donde pudiera llegar, mandándole que en la administracion del bautismo se conformara con las reglas prescritas en la Iglesia romana. Con esta comision, cuya fecha es del año 719, predicó Bonifacio algun tiempo en la Turingia, y habiendo sabido la muerte del duque Ratbodo, pasó á la Frisia, donde permaneció tres años. San Vilibrordo, ya de edad avanzada, le designó por su sucesor; pero Bonifacio se excusó con que el Papa le habia destinado á las naciones de la Germania oriental; y en efecto, partió para la Hesse, donde convirtió en poco tiempo muchos millares de infieles. Entonces fué cuando se le agregó San Gregorio, de Utech, que fué uno de sus discipulos mas célebres. Era de familia nobilísima, y se hallaba por casualidad en el monasterio de Palz cerca de Tréveris, fundado y gobernado por su abuela, hija del rey Dagoberto II, cuando se presentó Bonifacio pidiendo hospitalidad de paso para la Hesse. Aunque Gregorio no tenia mas que quince años, se conmovió tanto con los discursos del santo misionero, que resolvió seguirle sin que le disuadieran las reflexiones de su abuela, ni le arredraran las dificultades del viaje. Hallaron la Turingia assolada por los sajones, y el pueblo era tan pobre que se vieron reducidos á mantenerse del trabajo de sus manos. A veces el temor de los paganos los obligaba á refugiarse en las poblaciones con los habitantes del campo, hasta que se reunian fuerzas suficientes para repelerlos (2).

(1) *Vit. S. Corbin. Act. SS. Bened.*, Tom. V.

(2) *Vit. S. Bonif.—Epist. Greg. II.*

A poco tiempo envió Bonifacio un compañero suyo á Roma, con una carta en que daba cuenta al Papa de su mision, y le consultaba sobre algunas dificultades. El Papa le llamó á él y le consagró obispo, y luego le entregó una coleccion de cánones para que le sirvieran de reglas, y varias cartas de recomendacion dirigidas á Carlos Martel, y á los obispos, señores y pueblos de la Germania. Todavía se conserva la fórmula del juramento que hizo Bonifacio al consagrarse, prometiendo conservar siempre la pureza de la fé católica, perseverar inviolablemente adicto á la unidad de la Iglesia, estar sumiso á la autoridad de la Santa Sede, evitar la comunión de los obispos que infringiesen los cánones, y denunciarlos al Papa si no podia él por sí impedirlo. Este juramento estaba escrito de su puño, y le puso sobre las reliquias de San Pedro. Bonifacio sacó ordenes de Carlos Martel para todos los obispos, duques, condes y otros oficiales á fin de asegurar el libre ejercicio de su ministerio, y se volvió á la Hesse, donde dió la confirmacion á los nuevos cristianos y convirtió á muchos idólatras. En seguida marchó á la Turingia, y su celo consiguió el mismo resultado. Parte de la poblacion era ya cristiana, y hacia mucho tiempo que tenian obispos y sacerdotes; pero algunos de éstos perjudicaban á los progresos de la fé con su mala conducta y vida escandalosa. Bonifacio experimentó todo género de contradicciones por parte de ellos; pero llegó á triunfar por su firmeza. Reanimó la fé de los cristianos, convirtió y bautizó á muchos idólatras, reparó gran número de iglesias, y edificó sobre el rio de Or, donde los misioneros no tenian mas que algunas tiendas para refugiarse, un monasterio que por esta razon se llamó de Ordoz. Su nombradía atrajo multitud de compañeros de la Gran Bretaña, que se diseminaron para propagar la fé por los pueblos y aldeas.

Hácia esta época recibió una carta de Daniel, de Winchester, su antiguo obispo, con instrucciones muy sábias tocante al modo de convertir á aquellos bárbaros. «No debeis, le decia, impugnar directamente las genealogías de sus falsas divinidades; concededles que nacieron las unas de las otras de la misma manera que los hombres, para demostrarles así que no existian antes. Cuando se vean precisados á confesar que sus dioses han tenido un principio, preguntadles si el mundo le ha tenido tambien, ó si ha existido siempre. Si le dan un principio, que añadan por qué fué criado. Ciertamente antes de la creacion del mundo no encontrarán morada donde hayan podido subsistir sus dioses engendrados y corporales; porque yu entiendo por mundo no solamente esta tierra y el cielo visible, sino todos los espacios que pueden imaginar los paganos. Si sostienen que el mundo es eterno, preguntadles quién le gobernaba antes que naciesen sus dioses, y cómo pudieron éstos sojuzgar un mundo que subsistia antes que ellos: cuál es el primer origen del primer dios y de la primera diosa: si nacen todavía nuevas divini-

dades, ó si los dioses no engendran ya, y en este último caso, por qué ha cesado su fecundidad: que si deben engendrar siempre, llegando á ser infinito el número de los dioses, cómo harán los hombres: para venerarles á todos ó para discernir á lo menos los mas poderosos á fin de no desatender su culto. Por lo demas, haced estas objeciones con dulzura, y dedicaos despues á demostrar la excelencia de la doctrina cristiana, á fin de ilustrar á los paganos sin irritarlos, y moverlos á que se ruborizen de sus supersticiones, pero sin humillarlos.²

San Bonifacio consultó al obispo Daniel respecto de los eclesiásticos escandalosos, cuyos desórdenes y errores ponian un grande obstáculo á su mision; y aquel sábio prelado le aconsejó que sufriese con paciencia á ejemplo de los santos lo que no podia evitar, añadiendo que no se debe admitir á las funciones sacerdotales y á la direccion de las almas á los sacerdotes homicidas ó impúdicos; pero que basta no comunicar con ellos en las cosas santas, porque segun la observacion de San Pablo no se podria interrumpir el trato de la vida con todos los malos sin salir de este mundo.

El sumo Pontífice, á quien el santo misionero daba cuenta exacta de las dificultades y triunfos de su mision, le envió una respuesta enteramente semejante en una decretal fecha del año 726, que contiene otras muchas decisiones importantes. Las dos primeras son concernientes al matrimonio. Gregorio II declara que en rigor no deberia consentirse entre parientes; pero que por usar de indulgencia con los bárbaros recién convertidos, puede permitirseles casándose despues del cuarto grado. Añade que si una muger resulta para siempre inhábil para el matrimonio por alguna enfermedad, no deberá impedirse que el marido se case con otra, con tal que suministre los auxilios necesarios á la enferma. Esta decision ha parecido sorprendente á algunos teólogos, porque no han reflexionado que en el caso propuesto se trataba de un impedimento permanente que habia precedido al matrimonio y quitado la facultad de consumarle. El Papa declaró en esta carta, conforme á la regla de San Benito, que los niños de menor edad ofrecidos por sus padres en los monasterios, quedan verdaderamente consagrados á Dios por esta ofrenda, y no deben tener libertad para salir á casarse en lo sucesivo.

Los sarracenos asolaban entonces las provincias meridionales de la Francia con sus incursiones, y ejercian los mas horribles estragos por todas partes. Habiendo invadido la Aquitania en el año 725, se apoderaron de muchas ciudades, entre otras Alby y Rhodéz; pero fueron rechazados por Eudo, duque de aquella provincia, que les mató, segun se dice, trescientos setenta y cinco mil hombres en una sola batalla. Esta derrota no los arredró. Volvieron á los años siguientes bajo la conducta de Aberdramen, pasaron el Ródano en el de 731, arrasaron la Provenza, y dividiéndose luego en dos cuerpos

de ejército avanzaron por un lado á orillas del Ródano y del Saona hasta el rio de Yonna, tomaron á Arlés, Aviñon, Valencia, Leon, Besanzon, Chalons y Auxerre, y por fin, fueron á sitiár á Sens. El arzobispo de esta ciudad era San Ebbon, primeramente monge y despues abad de San Pedro el Vivo, que hizo con su pueblo una salida vigorosa contra los musulmanes y los derrotó. Conseguida esta victoria dejó la silla episcopal, y se volvió á la soledad á pasar el resto de sus dias. Por otro lado Aberdramen en persona invadió la Aquitania, se apoderó de muchas ciudades, arruinó algunas, deshizo al duque Eudo en una batalla, y se adelantó hasta Poitiers. Carlos Martel, que habia usurpado toda la autoridad real con el título de ministro de palacio, estaba entonces en guerra con el duque Eudo, nieto del rey Chariberto, que aspiraba á la independencia. Pero el temor del enemigo comun los reconcilió; juntaron sus tropas para acometer á los sarracenos, y despues de pasar muchos dias en escaramuzas, dieron una batalla general en que sufrieron los bárbaros una completa derrota. Aberdramen fué muerto, y los restos de su ejército huyeron; con todo, los vencedores no se atrevieron á perseguirlos, temerosos de alguna emboscada. Esta famosa batalla dada cerca de Poitiers el año 732, atajó los progresos de los musulmanes y á poco recobró Carlos Martel todo lo que aquellos habian ocupado en las Galias. Todavía trataron en lo sucesivo de hacer algunas invasiones que fueron reprimidas prontamente (1). Pero las Iglesias se resintieron mucho tiempo de sus estragos. Se ignora la sucesion de los obispos de la mayor parte de las ciudades que habian ocupado los bárbaros, y se cuentan tambien muchos mártires.

Todos los monges de Lerina, excepto algunos de los mas jóvenes, que habia enviado á Italia su abad San Porcario, permanecieron en el monasterio cuando arribaron los sarracenos á aquella isla despues de la toma de Arlés; eran unos quinientos. Habiendo escondido las reliquias de su iglesia, se prepararon con la comunión para morir: los bárbaros trataron primeramente de hacerlos abjurar la fé con amenazas, promesas y tormentos; pero viéndolos inflexibles, los mataron á todos, excepto cuatro de los mas agraciados de rostro, que encerraron en la nave de su comandante. Despues derribaron la iglesia y arrasaron todos los edificios. Mas habiendo podido escaparse los cuatro religiosos cautivos, volvieron á Lerina, llamaron á los que estaban en Italia, y reedificaron insensiblemente el monasterio. Cuarenta religiosas de San Salvador cerca de Marsella tuvieron valor de desfigurarse el rostro cortándose la nariz por no exponerse á perder su castidad, y los soldados, furiosos, las asesinaron á todas.

San Teofredo, abad de Carmeri en la diócesis de Puy, previendo la llegada de los bárbaros, mandó á sus religiosos que se retiraran

(1) Roderic. *Hist. arab.*—Contín. Fredég. cap. CVIII.

al bosque inmediato con todo lo que pudieran llevarse; pero él no quiso abandonar su monasterio. Los sarracenos le encontraron solo orando á la puerta de la iglesia, é intentaron forzarle á descubrir el asilo de los monges; y como se resistiese, le maltrataron tan cruelmente que murió á los pocos dias. San Miletto, abad de Luxeuil, fué martirizado con todos sus monges. El monasterio estuvo quince años sin abad, y cesó la salmodia perpetua. Los infieles arruinaron ó saquearon gran número de monasterios: tambien quemaron muchas iglesias, y espacionen el terror por todas partes con sus asesinatos y devastaciones. Redoblaron tambien su crueldad despues que los derrotó Carlos Martel, y degollaron en su asilo á todos los cristianos que encontraban. San Pardoco era entonces abad de un monasterio recién fundado en Gueret, capital de la Marca. Temerosos los monges del furor de los sarracenos que se dirigían por aquella parte, huyeron é instaron al santo para que se escapara con ellos; pero declaró que no saldría en vida del monasterio. Un criado que se habia escondido en las inmediaciones, apenas avistó á lo lejos á los enemigos, corrió á avisar al santo abad, quien se postró en tierra é hizo esta oracion: "Señor, disipa esa nacion cruel y bárbara, y no permitas que profane la puerta de tu casa." Al punto se detuvieron los sarracenos, y despues de deliberar mucho tiempo entre ellos tomaron otro camino.

En Inglaterra murió San Britualdo, arzobispo de Cantorbery, el año 731, y le sucedió Tatuno, que falleció á los tres años, siendo reemplazado por Nortemio, monge y sacerdote de Lóndres. Despues de la muerte de San Vilfrido ocupó la silla de York el obispo Juan, de quien cuenta muchos milagros el venerable Beda. Vilfrido el jóven, que le sucedió el año 717, renunció el obispado en el de 732, para retirarse á un monasterio, y mandó consagrar en su lugar á Egberto, hermano del rey de Nortumbria. Egberto gobernó la Iglesia de York por espacio de treinta y cuatro años. Gregorio II le concedió el palio y la dignidad arzobispal que no habian gozado sus predecesores, y así fué el segundo arzobispo de York contando á San Paulino por el primero.

En el tercer año de su obispado, le escribió el venerable Beda una carta, en que se hallan muchas circunstancias que merecen notarse, sobre el estado de la religion en Inglaterra. "Evitad, le dice, las conversaciones inútiles, y aplicaos á meditar las Santas Escrituras, principalmente las epístolas de San Pablo á Timoteo y á Tito, el Pastoral de San Gregorio y sus homilias sobre los Evangelios. No imiteis á ciertos obispos que no tienen á su alrededor mas que personas dadas á los placeres y al regalo, ocupadas únicamente en distraerlos con pláticas frívolas. Como vuestra diócesis es tan grande que no podeis recorrerla toda en el curso del año, poned sacerdotes en cada pueblo para instruirle y administrarle los sacramentos: encargadles sobre todo que cuiden de que todo el

mundo sepa á lo menos de memoria, el símbolo y la oracion dominical, y que los que no saben el latin, ya sean clérigos, ya legos, los recen en lengua vulgar, con cuya mira los he traducido en inglés. Se dice que en muchas aldeas de las montañas no se ha visto jamas un obispo que ejerza sus funciones pastorales, ni nadie que los instruya; y sin embargo, ninguna de estas aldeas está exenta de tributos en favor del obispo. Así, lejos de predicar gratuitamente segun el precepto de Jesucristo, se recibe sin predicar el dinero que prohibió tomar. El mejor medio de remediar todos los desórdenes, es multiplicar el número de obispos. Por eso el Papa San Gregorio, escribiendo al arzobispo Agustín, mandó instituir doce obispos, cuyo metropolitano fuese el de York. Os aconsejo que completeis este número con el concurso del rey; y porque no es fácil hallar bastantes lugares propios para la creacion de estas sillas, se podrian tomar al efecto algunos monasterios, confiando á los monges, para obviar sus reclamaciones, el derecho de elegir por sí el obispo, ya de entre ellos, ya en el territorio de la nueva diócesis. Ya sabeis que hay muchos lugares que llevan el nombre de monasterios sin que se practique ninguna observancia religiosa: que algunos señores, despues de alcanzar terrenos del rey, so pretexto de fundaciones monásticas, aseguran su propiedad á sus herederos, se establecen allí con su muger, hijos y vasallos, reciben monges vagabundos, hacen una vida licenciosa, y quieren reunir al título de abad el de gobernador ó oficial. Seria, pues, un gran bien emplear en un santo objeto unos establecimientos que son origen de escándalos, ó que por lo menos son inútiles á la Iglesia y al Estado." Este abuso reinaba tambien en otros parages, y Beda dice que en Inglaterra se observaba hacia unos treinta años. En seguida exhorta al arzobispo á instruir cuidadosamente á los fieles tocante á la fé y á las costumbres, y á recomendarles sobre todo la frecuente comunión segun la práctica de Italia, de las Galias, de la Grecia y del Oriente. "Pero entre vosotros, añade, los legos están tan distantes de esta loable costumbre, que los mas piadosos no comulgan mas que por Navidad, la Epifanía y la Pasena, aunque hay infinitas personas de una vida muy pura, de toda edad y sexo, que podrian comulgar todos los domingos y en las fiestas de los apóstoles y mártires, como lo habeis visto practicar en Roma."

Beda nació en Nortumbria hacia los confines de la Escocia, el año 673. A la edad de siete, le pusieron sus padres en el monasterio de Wíremont, que dirigia San Benito Biscoop, y mas adelante pasó á Jarow bajo la direccion de San Colofrido, y allí pasó el resto de sus dias. Dividió toda su vida entre el estudio, la oracion y el trabajo manual, de que nadie estaba dispensado en aquel monasterio. A poco tiempo adquirió grandes conocimientos en las lenguas griega y latina, en la astronomía y en todas las ciencias eclesiásticas. Fué ordenado diacono á la edad de diez y nueve años